



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. VI.

DIRECTORA.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 14 de Agosto de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La Religion, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez. — **El rumor de las olas**, poesía, por D.^a María G. Galan y Godoy. — **¡Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez. — **Á Nuestra Señora de las Angustias**, soneto, por D. Rafael Rubio. — **El palacio de Montsabrey**, novela. — **Variedades**

LA RELIGION.

Poned vuestra confianza en Dios: Él velará sobre vosotros y convertirá las cosas en vuestro provecho.

Imitacion de Jesucristo.

Hay una idea mágica, un talisman divino que derrama doquier el consuelo y la calma.

Una palabra que encierra en sí toda esperanza: un pensamiento que contiene lenitivo para todos los dolores, bálsamo para todas las heridas.

Símbolo de todo bien, negacion eterna de todo mal, ella bastaría por sí sola para

salvar al mundo y á la sociedad, si el mundo y la sociedad se acogieran siempre á su amparo.

Esta idea, esta palabra, este pensamiento, rayo de luz celestial, emanacion divina de la mente de Dios, es la religion.

¡La religion! por ella el desgraciado acepta y bendice sus dolores: por ella el mendigo ama y no maldice su pobreza: por ella el huérfano cree que la mirada de su madre le sigue doquiera, y por ella, en fin, el poderoso socorre y ampara á la indigencia y llama al pobre su hermano, destruyendo la distancia que les separa, é igualándolos en la eternidad con el nivel supremo de la justicia divina.

La religion cristiana, esa religion cuyo reino es el mundo, cuyo monarca es un Dios, y cuyo trono es la sagrada cruz

Esa religion que abate el orgullo de los Césares, que derriba las águilas romanas, que hace polvo los ídolos de oro, y asentándose en el Capitolio, dicta desde allí al mundo sus leyes de amor, de paz y de misericordia.

Oid á Jesus, al Supremo Legislador, á la Sabiduría Increada, que forma con su doctrina las bases de esa religion, destinada á hacer la felicidad terrena, y la felicidad eterna del hombre.

«Amaos los unos á los otros, dice; devolved el bien por el mal, y sed humildes y limpios de corazon, porque de los que lloran, de los que padecen, de los misericordiosos y los pacíficos es el reino de mi Padre.»

Decidme ahora, despues de haber escuchado estas palabras, si hay una ley más dulce, una senda más fácil, unos preceptos más suaves.

Y sin embargo, en su misma sencillez encierran la vida, la libertad y la salvacion del hombre: encierran la salud del universo, la paz de los pueblos y la dicha de las familias.

¡Oh! dejad que la antorcha de la religion alumbre al mundo; dejad que le guíe la luz de la fe; dejad que le sostenga la esperanza celestial y que le inspire el divino amor.

Entonces la mentira no se alzaría victoriosa sobre la hollada verdad. El error no elevará su trono encima de las ruinas del edificio de la fe, y el hombre, marchando por el camino de la virtud, podrá cumplir el fin para que fué creado en la soberana mente de Dios.

¿Qué fuera sin la religion el mundo, la sociedad, el hogar doméstico? La fuerza se convertiría en derecho; el crimen, escudado por la impunidad, se trocaría en costumbre; las pasiones, los deseos y los instintos desencadenados y sin dique alguno, cambiarían el universo en un caos y le precipitarían en un abismo.

Con ella, por el contrario, guiado el hombre por la ley divina, sujeta sus acciones á los límites de su deber, y viendo con los ojos del alma la mirada de Dios fija constantemente sobre él, retrocede ante el mal, porque recuerda á cada paso que un día, aquel Dios que le ve, le escucha y le adivina, le ha de pedir estrecha cuenta de sus pensamientos, de sus palabras y de sus hechos: porque sabe á la par que cada lágrima que vierta, que cada virtud que practique, es una grada que le sube al cielo, es una flor para su eterna corona.

Porque comprende que esta vida es un día y la eternidad no tiene fin.

¡La religion cristiana! ¡oh! decidme si hay algo más sublime y mejor, y más grande que ella; pero, ¿á qué preguntarlo cuan-

do diez y nueve siglos responden negativamente con una sola y poderosa voz? ¿qué sabio, qué rey, qué filósofo ha hecho mayores conquistas, ha ganado más corazones que Jesus con la sabiduría de su palabra, con el poder de su misericordia y con la filosofia de la Cruz? Ninguno: ante la enseñanza de su religion, ante su ley de amor, las almas han volado hácia Él desde todos los puntos del universo y han reconocido á Cristo como Rey de reyes, más poderoso é inmutable con su corona de espinas, que los emperadores de la tierra con sus diademas de brillante oro: más fuerte con su cetro de frágil caña que los conquistadores del mundo con su terrible cetro de hierro.

Ellos y sus leyes han dominado por un día; la religion católica vivirá tanto como el mundo: existirá tanto como la eternidad: Su influencia domina al par las inteligencias y los corazones, y se extiende á las costumbres, á las acciones y á la vida entera de los hombres.

Fijad vuestra mirada en los imperios, en los estados, en los pueblos que se fundan sin los cimientos de la fe: sus instituciones son falsas, sus leyes corrompidas: su fin la destruccion y la muerte. Fijadla tambien en aquellos que se amparan bajo el manto de la ley de Cristo: del árbol de la cruz, único y solo, y los vereis florecer y ensancharse, y vivir escudados por él; y protegidos por Dios, llevar el estandarte, alzado por vez primera en la cumbre del Gólgota, de uno al otro confín: ¡ese estandarte que tiene por solo lema la paz, el bien, la salvacion y la verdadera libertad del hombre!

Mirad tambien; mirad al fondo del hogar doméstico, ese estrecho círculo, que aunque reducido y pequeño, encierra en su centro las esperanzas y el porvenir de las futuras generaciones. Ved una familia católica, no en apariencia, sino en verdad; no en la forma, sino en el fondo. El padre mira á sus hijos como ángeles que Dios le ha confiado, y á los cuales tiene que enseñar con el ejemplo y la palabra el camino del bien, puesto que será responsable ante el tribunal supremo de las obras que practiquen. La madre es buena y virtuosa y honrada para que las hijas de su alma aprendan tambien á serlo, y para que el serafin de la pureza y el amor cobije con sus alas su modesto techo. Los hijos, ¡oh! nada hay tan bello y conmovedor como un buen hijo, como un hijo cristiano. En sus padres ve de continuo la imagen de Dios,

y les ama con respeto y les respeta con amor; y sabe que la bendición del cielo caerá sobre él; y que será dichoso en este mundo y en el otro, si sus acciones y sus virtudes forman una corona para los blancos cabellos de los autores de sus días. ¿Qué padre no será feliz cuando al sentir cerrarse sus ojos con el eterno sueño de la muerte, pueda decir: «Señor, pusisteis bajo mi cuidado un alma pura, y yo os devuelvo un alma cristiana; me disteis un hijo, y yo le he hecho digno de ser hijo vuestro; al enmudecer para siempre mi labio, no enmudece el eco de las plegarias de mi alma, porque mi alma, reproducida en él, os bendecirá por su boca.»

¡Oh! bendita seas, religion cristiana; bendita seas tú sola, que tienes premios para todas las virtudes, consuelo para todos los pesares, y esperanzas dulces para el otro lado de la tumba. Bendita seas mil veces: única, indestructible, unida siempre; y desgraciados de aquellos que se alejan de ti, que quieren buscar la luz lejos de tu luz, la verdad lejos de tu palabra, la salvación lejos de la Iglesia católica, que es la sola inmutable, la sola santa, como Dios es el único increado y eterno.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL RUMOR DE LAS OLAS.

—Si suave brisa
las ondas mueve,
y el cielo en ellas
se ve copiar.

¿Por qué levantan
susurro leve
cuando la orilla
van á besar?

Eco es que guarda
la opaca bruma?

¿por qué tristeza
me hace sentir?

¿Ó es ser que habita
bajo la espuma
y amarga pena
viene á gemir?

—No el rumor vago
que el agua eleva
tu dulce calma
llegue á turbar,

Que son suspiros
que el aura lleva

del mar al cielo,
del cielo al mar.

MARÍA G. GALAN Y GODOY.

Almería 14 Agosto 1875.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

Muy pronto la modesta casa de D. Martin trocó su aspecto callado y melancólico por otro más animado y más risueño, merced á la influencia de la hermosa Elena, cuyo carácter dulce y cariñoso ejercía un benéfico influjo en cuantos la rodeaban.

El anciano señor de Castro sentía renacer su perdida alegría ante la mirada purísima de aquella niña, cuyas caricias le recordaban las de una hija que habia sido muy desgraciada y que habia llenado su hogar de luto y amargura.

Águeda por su parte la amaba con la misma ternura que habia prodigado á Consuelo en sus primeros años, porque aquella mujer habia pasado su vida consagrándose á sus señores, y habia encanecido en su servicio.

Desde que Elena se instaló bajo aquel techo hubo en aquella casa pájaros, flores, armonía: todo ese conjunto que acompaña y anima á la niñez.

El señor de Castro parecia olvidar en su presencia sus pasados dolores, y á su lado solo se disipaba algun tanto la nube sombría que oscurecía su frente.

Solo la sonrisa de Elena era capaz de borrar por un instante los recuerdos que le atormentaban y las dudas que existían en su mente acerca de las causas que habian motivado la muerte de Consuelo.

Sin embargo, esta idea le atormentaba de un modo cruel.

Y cuanto más amaba á Elena, cuanto más adoraba en ella la memoria de su madre, tanto más daño le hacia la desgracia de que habia sido víctima, y más y más se agitaba en su pecho el deseo de saber la verdad.

La niña por su parte parecia querer pagar á fuerza de caricias y dulzura los cuidados que la prodigaban.

—Quiero ser muy buena y muy aplicada, decia, para que esté V. contento de mí, y para que mi madre, al mirarme desde el cielo, vea que hago su voluntad.

—¡Su voluntad!

—¡Oh! sí! Cuando me hablaba de V. me hacía jurar que si vivía á su lado sería muy obediente y muy amorosa para V.

—¡Pobre Consuelo!

—Sí! lloraba tanto siempre! estaba tan triste desde que nos fuimos á vivir á la buhardilla de la calle de San Eugenio!

—¿Y antes?

—¡Oh! antes no era tanto; en vez de coser para las tiendas, me enseñaba á bordar, á leer, á tocar el piano; ya verá V. cuando acabe el luto, qué melodía sé: sin duda debe conocerla: es la primera que quiso que aprendiera, porque decía que era la música que V. prefería.

D. Martín titubeó algun tiempo y despues se decidió á hacer una pregunta que jamás habia salido de sus labios por no iniciar á aquella niña secretos que debia ignorar.

—Y vivíais solas en la calle de San Eugenio?

—Sí señor; ¿quién iba á estar con nosotras?

—¿Y... antes?

—Antes estaba yo en el colegio y mamá sola.

El anciano calló.

Habia en todo esto un misterio que no podia descifrar.

Pero lo que no admitia ninguna clase de duda era que Consuelo se habia visto sola, reducida á la miseria y abandonada por aquel cuyo nombre llevara, y que era además el padre de la tierna Elena.

—Es preciso saber la verdad, murmuró, saber si ese hombre ha sido tan villano como yo suponía; adivinar si en todo esto ha habido más que una desgracia, ha habido un crimen, y para ello solo el padre Alvarado puede ser mi guía.

El anciano salió de su casa y se dirigió con resuelta planta en busca del sacerdote á quien Consuelo habia confiado sus últimos pensamientos.

No tardó en hallar al digno ministro del Señor, que le recibió con su habitual bondad, y se informó del objeto de su visita.

—Señor, murmuró D. Martín, el asunto que me trae es tan extraño, y al mismo tiempo de tal interés para mí, que no sé á la verdad cómo empezar esta conversacion.

—Hijo mio, la mision del sacerdote es bendecir y perdonar, es escucharlo todo y consolar á todos tambien: sea lo que quiera lo que venga V. á decirme, no dude nunca que haré cuanto esté en mi mano para dejarle satisfecho.

—Se trata de una jóven que murió hace poco.

—Siga V.

—Y que le hizo depositario de sus penas.

—Mueren tantas que nos confían al morir todos los secretos de su alma, que no sé en verdad de quién puede hablarme.

—La que yo digo no puede confundirse con ninguna.

—¿Por qué?

—Porque disfrutando ayer de una regular fortuna, siendo bella, querida, con un risueño y tranquilo porvenir, ha venido á morir sobre el triste lecho de un hospital.

—¡Ah! entonces, ¿viene V. á hablarme de Consuelo de Castro?

—Sí, señor.

—¿Y podré saber los lazos que le ligaban en la tierra á esa mujer?

—Esa mujer era mi hija.

—¡Ah!

—Era mi hija! la más amada, la más ciegamente querida de padre alguno.

El sacerdote miró con profunda compasion á D. Martín, y murmuró conmovido por su inmenso dolor:

—¡Pobre padre!

—Sí, pobre padre que hacia ocho años que no veía á su hija, y que la halló en su última hora, abandonada, miserable y sostenida por la caridad!

—Y bien, ¿qué quiere V. de mí?

—Mi hija abandonó nuestra morada por no separarse de un hombre...

—Ese hombre era su esposo, y su deber era seguirle.

—Era un infame, sin Dios ni ley, que no podia hacer su felicidad.

—Ella estaba obligada á sufrirle, á cubrir sus errores, y trabajar continuamente por atraerle al buen camino.

—¡Tarea inútil, sacrificios vanos!

—Nunca es inútil ni vano el cumplimiento de un deber!

—Pero ahora...

—Ahora esa mártir recibe sin duda el premio de los dolores que amargaron su vida.

—Es que ignoro la causa de su muerte, es que sospecho que ese hombre ha sido la causa de ella, y esta sospecha quema mi frente y destroza mi corazón.

—¿Y quién puede desvanecer esa duda?

—V. solo!

—Yo, hijo mio!

—Consuelo escribió una carta en sus últimos momentos, y en esa carta tal vez revelaría la verdad, porque era casi una confesion: esa carta era para V., y yo quiero saber su contenido.

—¿Y desde cuándo los sacerdotes católicos

revelan el secreto que se les confía en el tribunal de la penitencia?

—¡Ah!

—¿Qué ejemplo ha habido de ello? ¿quién se atreve á creerlo?

—Luego mi hija en aquella carta...?

—Me hacia su postrera confesion!

D. Martin inclinó la frente, anonadado ante este obstáculo, en el cual no habia pensado un instante.

El padre Alvarado se acercó á él y tomando su mano la estrechó con cariño y dijo con dulce voz:

—Hijo mio, si sirve de lenitivo á su dolor el saber que Consuelo ha sido siempre buena y pura, que ha muerto santamente, que yo, que creo y espero en otra vida mejor, creo y espero que su alma, libre de la mundana cárcel, ha tendido á los cielos su sereno vuelo, este consuelo, esta esperanza, es lo único que yo puedo dar! Además: aún hay otro! otro más dulce, más positivo... Consuelo tenia una hija! su ruego postrero, la última súplica que hace hoy á su padre por mi labio, es que esa niña huérfana y sola, sea admitida bajo su techo y que reciba el amor y la indulgencia de que ella se ha visto privada!

—Elena está ya á mi lado. Dios me condujo junto á ella cuando quedó sin su pobre madre. En aquel dia recibí una carta sin firma que un desconocido puso en manos de uno de mis servidores; en ella se me decia que mi hija estaba en el hospital. ¡Yo no lo creí...! ¡Cómo pensarlo siquiera! Sin embargo, quise cerciorarme, y corrí á aquel asilo de la desgracia: allí encontré á Elena, allí ví que lo que yo juzgaba imposible era una terrible verdad!

—Entonces, dé V. gracias al cielo y bendiga á la Providencia.

—Pero el padre de esa niña... el esposo de Consuelo... ¿qué debo hacer?

—Rogar á Dios por él, porque necesita muchas oraciones!

—Mas ¿dónde está?

—Está... ¿para qué quiere V. averiguarlo? ¿quién sabe si pronto le encontrará en su camino más desgraciado y más digno de lástima que lo que puede suponer?

—¡Como!

—Hoy vive feliz, es envidiado, mas un terrible abismo está abierto bajo sus piés, porque ante la mirada de Dios no hay nada oculto, y tarde ó temprano el que vive en el crimen morirá por el crimen también!

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Á NTRA. SRA. DE LAS ANGUSTIAS,
PATRONA DE LA HERMOSA Y RÉGIA GRANADA.

SONETO.

¿Qué pura luz ardiente y dilatada
En éxtasis sin par mi vista admira?
¿Por qué fija en un punto mira y mira,
De una ilusion divina arrebatada?
¿Por qué en un sitio sin cesar clavada
De allí absorta en su afán no se retira,
Mientras mi mente sin cesar delira
Ante sol tan sublime entusiasmada?
Es que te mira á tí, Madre amorosa,
Á quien el duelo y el pesar quebranta,
Cual lo muestra tu faz triste y llorosa;
¡Ay! que tu pena y tu amargura es tanta,
Que una lágrima vierto dolorosa
Cuando mi lira tus angustias canta.

RAFAEL RUBIO.

Granada 26 de Julio de 1875.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

El dia estaba hermoso, y se dirigieron hácia el sendero de los enebros. El doctor se informaba de París, en donde habia vivido largo tiempo, de la literatura y de las artes que no habia cesado de amar, y de que hablaba con tanta seguridad y gusto y con tal elevacion de pensamiento, que muy rara vez suelen encontrarse en un médico de aldea. Parecia dichoso en olvidar por un instante junto al jóven artista los afanosos cuidados de su ministerio, y en veinte y cinco años que hacia habitaba en aquellos campos, era sin duda la primera vez que gozaba de semejante placer. Por su parte Federico, cuya curiosidad no se habia adormecido, se regocijaba al pensar que se hallaba próximo á la fuente de la verdad, y que quizá iba á aclarar el misterio que tanto le atormentaba.

Á alguna distancia del palacio, en el declive de la colina, el doctor se detuvo delante de la verja de un jardin, en cuyo centro habia una casita de modesta apariencia, é invitó á Federico á que entrase á descansar en su pequeña morada. Aquella era la habitacion de un filósofo y un poeta; todo respiraba allí el silencio y la paz. Entapizada de rosales, clamatada y madre selva, la casa no carecia en lo interior de esa elegancia que proviene del corazon, y de que los más sencillos objetos se impregnan como de un dulce perfume y se iluminan como con un suave reflejo. Los mue-

bles revelaban gustos y costumbres que sorprendía encontrar á cien leguas de París, en las montañas del Creuse. Las paredes del salón, que servía á un mismo tiempo de despacho y de biblioteca, tenían colgadas de tapi- ces de Persia, que alegraban la estancia, un poco sombría. Á lo largo de la colgadura se veían anaqueles movibles con cristales, mine- rales, plantas secas y libros, entre los cuales debía Federico reconocer todos los amigos de su juventud. Los balcones daban á unos cua- dros de dalias, crisantemos y otras flores. En aquella pieza fué en donde el doctor introdujo primero al jóven lleno de asombro. Pasados algunos momentos, una buena mujer que re- unía todas las funciones de doncella, criada y ama de llaves, se presentó con una bandeja llena de frutas cogidas en el jardín, pan de trigo amasado por ella misma, y una botella de vino añejo, que había ido á buscar á la bo- dega.

—Mi jóven amigo, dijo el doctor, esta es una hospitalidad bien pobre; sin embargo, creed que vuestra presencia aquí es una fortuna cuyo precio conozco. Cuando yo era jóven amaba las artes, y por largo tiempo han sido el encanto de mi vida. Desde que supe está- bais en San Mauricio, más de una vez he te- nido deseos de ir á buscaros y traerlos á mi cel- dilla; pero no me ha sido posible: ¡me llaman tantos dolores y reclaman mi asistencia!... añadió con voz melancólica.

Estas últimas palabras entreabrian la puer- ta, por donde la curiosidad de Federico iba al fin á poder deslizarse; hacíanle una proposi- cion demasiado ventajosa para que no la apro- vechase inmediatamente. Despues de dar gra- cias al doctor por la expresion de su sincero sentimiento de no haberle encontrado antes, pasó naturalmente y sin rodeos á hablar de la señora de Montsabrey y de su hija, á quienes había visto algunos dias antes sentadas sobre la yerba de un otero, en compañía de su bon- dadoso amigo.

—Bien os vi, respondió el anciano, y cuando pasásteis junto á nosotros adiviné el senti- miento de discrecion á que obedecisteis al alejaros; aunque era la primera vez que os veía, desde aquel instante, mi jóven amigo, ganásteis mi corazón.

Entablada de ese modo la conversacion, Fe- derico, para conseguir su objeto, ya no tenía que hacer más que dejarse llevar de la cor- riente. Pintó con colores tan vivos y tan poé- ticos el efecto que Lucila había producido en él, expresó con tanto candor las simpatías que le inspiraban aquella jóven y su madre, y mez-

cló en sus palabras tanta reserva, afectuoso interés y exquisita delicadeza, que el doctor no pudo menos de enternecerse. Declinaba el dia, el sol había desaparecido por detrás de las torres del castillo, y el doctor retuvo al jóven pintor, y despues de comer, dispuesto á la ex- pansion y contento con tener á su lado un oyente capaz de comprenderle, se apresuró á referirle lo que sabía. La luna mostraba ya su plateado disco por entre los árboles medio despojados del jardín: un cierzo fresco y pene- trante silbaba en derredor de la casa; ardía la leña en el hogar de la chimenea, y Federico, apoyando el codo en uno de los brazos del si- llon en que se hallaba sentado, prestaba aten- to oido.

—Habeis visto á la señora de Montsabrey sentada al lado de su hija; la habeis visto to- davía hermosa á pesar del dolor que la abru- ma, y de las precoces arrugas impresas en su frente; pero no podeis figuraros el esplendor de su juventud, algunos meses despues de su matrimonio. Heredera única de una de las fa- milias más poderosas de la Marche, justificaba con las más amables cualidades del alma, los favores que el cielo se había complacido en prodigar á su cuna. Era tan bondadosa, que las mujeres la perdonaban su extraordinaria hermosura, y tan benéfica, que hasta la mis- ma envidia no se atrevía á atacar su opulen- cia. Á la edad de diez y ocho años se casó con un caballero jóven, tan noble y hermoso como ella, y si es verdad que en un principio no hu- bo en la tierra una suerte más venturosa, no lo es tampoco menos, que jamás hubo felici- dad tan bien merecida. Trascurre su existen- cia en París llena de las más dulces fruiciones: todo se presentaba bajo el aspecto más hala- güeño, y si todavía no era madre, iba á llegar á serlo, y ante ese gozo supremo desapare- cían todos los demás. Una mañana condujeron á su casa á su marido ensangrentado y herido mortalmente en un desafio: al cabo de tres dias espiró en sus brazos, y la herida era tan grave que no pudo recobrar el sentido. Toda- vía se ignora la causa y los pormenores de aquella reyerta fatal. Seis semanas despues, la señora de Montsabrey dió á luz una niña que prometía ser tan hermosa como ella. Á medida que iba creciendo era la delicia de to- dos, y cada uno de sus movimientos tenía una gracia admirable. Inclínada sobre aquella pre- ciosa flor que había abierto su cáliz sobre un sepulcro, la señora de Montsabrey daba gra- cias á Dios en medio de su desesperacion, y el orgullo maternal enjugaba las lágrimas de la inconsolable viuda. Sin embargo, comenzaba

á observarse en los ojos de Lucila alguna cosa extraña: cuando llegó á la edad en que se despertaba la inteligencia y en que se escapan de los labios los primeros sonidos articulados, que inundan de júbilo el corazón de una madre, la niña parecía sumida en un obstinado letargo, sus labios permanecían cerrados, y no correspondía á los ardientes besos más que con una sonrisa inmóvil. Más tarde, cuando ya se consiguió que balbucease algunas palabras, su lenguaje infantil no parecía pertenecer al mundo en que vivimos. En sus repentinas y entrecortadas exclamaciones, se notaba un no sé de sobrenatural y extático, un terror que no podían mitigar las mayores caricias. Ya no era posible dudar; el fruto de las entrañas maternales había sentido como de rechazo el doloroso golpe que recibiera aquella existencia terminada de una manera tan trágica: la inteligencia, pronta á desarrollarse, había sido acometida de estupor. Los médicos suspendieron emitir su dictámen hasta que Lucila cumpliera los seis años; pero llegó aquella época y su entendimiento no tomaba parte alguna en la vida comun. Cuando su madre la estrechaba contra su pecho, cubriéndola de besos y de caricias, la niña la miraba con ojos distraídos, como si su corazón estuviera ocupado en otra parte. No tenía afición á ninguna de las diversiones y placeres propios de su edad, solo la gustaba el aislamiento y el retiro, y pasaba los días enteros en una especie de meditación silenciosa, que en vano procuraban perturbar. Consultados nuevamente los médicos, declararon sin vacilar que Lucila era idiota: aterrada con tan terrible fallo, la señora de Montsabrey concibió por su hija esa pasión ardiente y delirante que sienten las madres por sus hijos enfermos. Resuelta á ocupar para ella el lugar del mundo entero, dejó bruscamente á París, para venir á ocultar su confusión y su desgracia en el palacio de Montsabrey.

Hacia ya quince años que yo habitaba en este país, cuando vino á establecerse en él: había conocido á su marido, porque el caballero de Montsabrey venia todos los años á pasar un mes del otoño con su hermano y algunos amigos en ese palacio abandonado, que servia de punto de reunion para sus cacerías. Conocía tambien á la señora de Montsabrey; la había visto en todo el esplendor de su felicidad pocos días despues de su enlace: antes de marchar á París, el marido extasiado quiso presentar á su jóven y hermosa esposa en la mansion de sus abuelos. Debía volverla á ver, algunos años más tarde, flaca, macilenta, abru-

mada por el dolor, pero todavía interesante. Tuve noticia anticipada de su llegada, y todo estaba ya preparado: aun se hallan presentes en mi memoria los pormenores de esa escena desgarradora. La vi bajar de la silla de posta, tomar en sus brazos á su hija, atravesar con paso rápido los escalones de la portada, y huir con su malhadado tesoro, como para ocultarle á la vista de todos. Mi hermano se hallaba á mi lado, y aquella misma noche emprendimos la tarea que hemos proseguido sin descanso: mi hermano consolaba el dolor de la madre, y yo estudiaba el mal de la hija. Me hallaba poseído de un respeto religioso por el infortunio de la señora de Montsabrey, profesaba un cariño enteramente paternal á su hija, y las acompañaba de continuo. Durante los primeros años de su permanencia en el palacio, ninguna señal permitía esperar la curacion de Lucila, ni aun en un porvenir lejano: cada mañana encontraba á su madre sumida en la aflicción, y á la niña en su inmovilidad. Comenzaba á creer que la ciencia había dicho la verdad, y no aguardaba que la Providencia la desmintiese. Crecía Lucila, ¡y cosa extraña! .. mientras su entendimiento yacía sumergido en un profundo sueño, su hermosura brillaba cada vez más: en aquel contraste había como una burla amarga, como una ironía cruel de la suerte. Cuando llegó á los doce años recobré confianza y valor: á medida que su juventud se desarrollaba, su alma parecía luchar con una sorda agitacion: era, pues, fácil preveer una crisis, que más pronto ó más tarde debía decidir de su destino. Seguramente la ciencia había pronunciado un fallo demasiado severo: su inteligencia no estaba muerta, sino comprimida; vivía en ella el pensamiento, pero no encontraba salida. El murmullo del viento, las armonías de la noche y el estruendo del Creuse, ejercían una misteriosa influencia sobre aquella organizacion delicada. Cuando la señora de Montsabrey se ponía al piano y cantaba, Lucila estaba cada vez más pensativa, y luego, pasados algunos instantes, abundantes lágrimas se desprendían de sus ojos y corrían por sus mejillas: pintábase en su semblante una turbacion profunda, y á cada momento esperaba ver una explosion de la vida. Al mismo tiempo que cantaba, la señora de Montsabrey miraba en el espejo el rostro de su hija, y yo tambien la observaba con inquietud. Levantábase su pecho, su corazón latía con violencia como si quisiese romper su prision, y su boca se movía como si estuviese pronta á hablar; pero en el momento en que todo presagiaba un desenlace milagroso, daba un gri-

to desgarrador, y caía en mis brazos como un pajarillo herido. No trataré, querido amigo, de referiros las crueles escenas que he presenciado: la ternura de la madre se había excitado hasta el frenesí y sus impotentes caricias habían tomado un carácter feroz. He visto á la señora de Montsabrey de rodillas delante de su hija, cubrir sus manos de besos, y decirle con voz alterada: ¡me oyes?... ¡háblame!... ¡respóndeme!... Lucila pasaba los dedos por los cabellos de su madre, y no contestaba más que con una sonrisa ó con lágrimas silenciosas. Ya hace cuatro años que se repiten esas pruebas terribles, y sin embargo, jamás se ha visto una locura más dulce y más tranquila. Lucila ama y comprende la naturaleza: tiene el instinto y el gusto de los adornos, y su ocupación favorita es jugar con las flores de que siempre se halla rodeada: algunas veces las mira con una inefable expresión de tristeza, y parece decirles: «Soy hermosa é inanimada como vosotras.» Sobre todo se complace en contemplar por la noche las estrellas, y su alma aspira á subir al cielo: en sus entrevistas con ella, mi hermano ha recogido palabras inesperadas, que han reanimado mis esperanzas. Á los doce años comprendía ya las promesas de la religión con una vivacidad poco común en esa edad. Tiene, acerca del mundo superior que nosotros no vemos, ideas que los libros jamás han enseñado, y que no pueden explicarse sino por inspiraciones sobrenaturales; pero desgraciadamente esos destellos palidecen y se extinguen bien pronto. ¿Qué os diré?... Dulce y bondadosa, agradecida y tierna, la pobre y querida criatura no puede explicar nada de lo que siente, y esa es sin duda la causa de su frecuente llanto: es, en nuestras manos, como un instrumento melódico cuyas cuerdas ha roto la tempestad, y cuyas voces hemos procurado en vano hasta ahora restablecer. Sin embargo, la crisis que yo había previsto se va preparando: Lucila tiene ya diez y seis años, y los síntomas se acumulan: su misma debilidad es un presagio inequívoco; su alma se agita y hace esfuerzos para romper sus ligaduras... la lucha está empeñada; ¿cómo terminará? En este estado nos hallamos, amigo mío. Esta mañana he escrito al cuñado de la señora de Montsabrey: grave, afectuoso, sincero y lleno de respeto hacia su hermana, todos los inviernos viene á pasar un mes ó dos á su lado. Deseo verle aquí cuanto antes, porque la crisis se halla muy próxima y es inevitable: puede salvar á Lucila, pero también matarla; y si Lucila muere, ¿qué será de su madre?

Vivamente conmovido por las palabras que acababa de oír, Federico se abstuvo de toda reflexión y quedó sumergido en una meditación silenciosa.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Hace algunos meses el capitán del buque inglés *Greenland*, Mr. Warrens, se encontraba á los 77 grados de latitud Norte, rodeado de un inmenso muro de hielo que le impedía continuar su viaje. Hacia la media noche se levantó un viento tempestuoso, pudiendo observar los tripulantes que se operó algo misterioso alrededor del buque. El enorme banco de hielo contra el cual este había sido empujado, empezó á romperse.

Á la siguiente mañana apareció el cielo sereno. El hielo, que la víspera formaba una barrera infranqueable, habíase separado á derecha é izquierda, dejando al *Greenland* como en medio de un canal. Entretanto se presentó un buque á unas dos millas de distancia, si bien solo se distinguían sus palos. Marchaba impelido por el viento del Norte, y sus velas se hallaban dispuestas de una manera especial, no distinguiéndose persona alguna sobre cubierta.

M. Warrens, guiado por la curiosidad, hizo echar un bote al agua y se embarcó en él con algunos de sus hombres, dirigiéndose al buque misterioso.

Á medida que avanzaba crecía su curiosidad. El buque parecía desierto. Llegados á su costado, lograron subir á bordo por medio de cuerdas el capitán y los que le acompañaban. M. Warrens se dirigió á la cámara. Un hombre estaba sentado á una mesa, de espaldas á la puerta y parecía escribir. El capitán del *Greenland* le tocó en la espalda, y observando que no hacia ningún movimiento se adelantó, quedando como petrificado al ver que se las había con un cadáver. ¡Un cadáver verdoso, rígido, helado!

Aún tenía una pluma en la mano. El papel que estaba sobre la mesa decía lo siguiente:

«14 de Noviembre.—Hace diez y siete días que estamos detenidos por los hielos. Desde ayer no tenemos fuego. El capitán ha procurado sacarnos de aquí, aunque en vano. Su mujer ha muerto esta mañana. No hay socorro...»

Aquí se detenía el manuscrito. Su autor había muerto helado también.

Todos los demás seres humanos que se hallaban á bordo habían sufrido la misma desgraciada suerte. Los marineros estaban tendidos sin movimiento. En la cámara yacía una mujer con un niño en los brazos. Era un horrible espectáculo.

El capitán Warrens se retiró, recogiendo los libros y papeles del buque para hacer en Inglaterra las correspondientes indagaciones acerca del buque helado.

El *Scientific americano* publica las experiencias hechas por el director del jardín botánico de Cheust. M. Van Hulle, sobre la planta *Vitoria regia*, ó azucena de hoja gigantesca. Tendida una de estas sobre el agua sostuvo á un niño sin hundirse y luego á un hombre, elevando después el peso hasta llegar á colocar con ladrillos 760 libras, que aún sostuvo en parte la hoja antes de comenzar á hundirse.

GRANADA.—IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.